

De cómo vio Taico los embajadores de la China:
**Una historia de intrigas, conspiraciones y
terremotos durante las negociaciones de paz de la
Imjin waeran (1592-1598)**

Giuseppe Marino

Universidad Complutense de Madrid (España)

Jaime González Bolado

Universidad Autónoma de Barcelona (España)

De cómo vio Taico los embajadores de la China: Una historia de intrigas, conspiraciones y terremotos durante las negociaciones de paz de la Imjin waeran (1592-1598)

How Taico saw the ambassadors of China: A history of intrigues, conspiracies and earthquakes during the peace negotiations of the Imjin waeran (1592-1598)

Giuseppe Marino

Universidad Complutense de Madrid (España)
gimarino@ucm.es

Jaime González Bolado

Universidad Autónoma de Barcelona (España)
jaime.gonzalez@uab.cat

Fecha de recepción: 17 de septiembre de 2021

Fecha de aceptación: 19 de junio de 2022

Resumen

Las negociaciones de paz que los embajadores de la China Ming y los representantes del caudillo japonés Toyotomi Hideyoshi llevaron a cabo en el siglo XVI constituyen la fase más convulsa y compleja de la mayor guerra que acaeció a nivel mundial en dicho siglo. El objetivo primordial del presente artículo es analizar la actividad diplomática desarrollada en el marco del conflicto bélico denominado *Imjin waeran* (1592-1598), y hacerlo a partir de los textos elaborados por los religiosos europeos que se encontraban desarrollando su labor proselitista en el Lejano Oriente. En concreto, centraremos la atención en un manuscrito inédito que lleva por título *De cómo vio Taico los embajadores de la China* (1596). En este escrito se recoge un conjunto de datos inéditos que complementan y, en buena medida, refutan las informaciones aportadas por las fuentes asiáticas, lo que permite configurar una imagen más completa de estos conciertos de paz.

Palabras Clave: *Imjin waeran*; Japón; Diplomacia; Fuentes misioneras; Documento inédito

Abstract

The peace negotiations that the ambassadors of Ming China and the representatives of the Japanese leader Toyotomi Hideyoshi (1537-1598) achieved in the 16th century constitute to the most convulsive and complex phase of the greatest war that occurred worldwide during this century. The main objective of this article is to analyze the diplomatic activity carried out within the framework of the warlike conflict called *Imjin waeran* (1592-1598), drawing on the texts prepared by the European religious who were developing their proselytizing work in the Far East. The study emphasizes in particular an unpublished manuscript titled *De cómo vio Taico los embajadores de la China* (1596). A set of unpublished data from this text was collected which complements and, to a large extent, refutes the information provided by Asian sources and which allows us to shape a more complete image of said peace agreements.

Keywords: *Imjin waeran*; Japan; Diplomacy; Missionary sources; Unpublished manuscript

1. INTRODUCCIÓN

En las postrimerías del siglo XVI, el Lejano Oriente fue escenario de un conflicto armado único y trascendental en la historia asiática. Tras lograr la unificación de Japón y haber sometido al resto de daimios bajo su control, el caudillo Toyotomi Hideyoshi (豊臣秀吉 1537-1598) se lanzó a la invasión de la península coreana, constituyendo esta acción el paso inicial de un proyecto de conquista continental cuyo fin último era el sometimiento de China y la consiguiente subyugación de Asia. Para tal ambiciosa y arriesgada empresa, Hideyoshi movilizó un colosal contingente militar de 158.700 hombres, a los que hay que sumar los casi 100.000 reservistas que aguardaron junto a él en tierras japonesas (Aston, 1881, p. 236; Berry, 1982, p. 209; Denning, 2018, p. 251; Haboush, 2016, p. 59; Murdoch & Yamagata, 1903, p. 319; Park, 1986, p. 59; Sansom, 1963, p. 354; Swope, 2009, p. 68; Turnbull, 2002, pp. 240–241)

Todo este potencial humano fue empleado durante seis años (1592-1598) en un sangriento conflicto que concluyó sin que ninguna nación se alzase triunfante: Corea, el escenario de la guerra, sufrió una destrucción solo comparable a la acontecida en 1950; la dinastía china Ming, que había acudido al rescate de su estado tributario, sufrió graves pérdidas, humanas y materiales, que posibilitaron su caída a manos de los manchúes; y Japón, que fracasó en su intento de erigirse como la dominadora de todo el continente, acabó inmersa en una guerra civil que finalizó con el establecimiento del gobierno Tokugawa y el cierre de las fronteras del país. El impacto que tuvo la conocida como *Imjin waeran* en el devenir geopolítico del Lejano Oriente fue de tales proporciones que resultó inevitable su mención en los escritos generados por los misioneros europeos que, desde mediados del siglo XVI, se encontraban desarrollando su labor proselitista en aquella remota región.

Como hijos de los *studia humanitatis*, y en su “deber de penetrar en la etnografía indígena” para esclarecer al máximo la personalidad de los pueblos que deseaban convertir (Valcárcel Martínez, 1997, p. 355), los religiosos mostraron un notable interés por la invasión japonesa de Corea. Sus obras, tanto manuscritas como impresas, aportan datos inéditos que ayudan a esclarecer una de las fases más confusas del conflicto como fueron las negociaciones de paz que mantuvieron la corte Ming y los interlocutores nipones entre 1593 y 1596. Existe una gran complejidad a la hora de abordar el análisis de estas relaciones diplomáticas, ya que los escritos asiáticos se encuentran impregnados de profundos sesgos nacionalistas. Es decir, que los hechos descritos, los pasajes históricos, sufren una determinada modificación debido a una percepción y valoración muy particulares que buscan la justificación de sus respectivas naciones (Hur, 2013, p. 54). En cambio, los textos generados por los misioneros europeos, al constituir estos un elemento exógeno al Lejano Oriente, no se encuentran afectados por esta “parcialidad asiática”, por lo que, partiendo desde una perspectiva eurocéntrica, ofrecen una versión de los hechos libre de los prejuicios de sus coetáneos orientales. Ello dio lugar a un documento, de gran valor histórico para el estudio de las negociaciones de paz que se produjeron durante la guerra *Imjin* que ejemplifica, de forma clara, el cambio de paradigma que experimentaron los escritos misioneros en el contexto asiático durante las últimas décadas del siglo XVI. Tal y como bien apunta Manel Ollé, a lo largo de este periodo la producción textual europea relacionada con las misiones asiáticas, pasó de estar marcada por los rescoldos de la percepciones tardomedievales y la curiosidad hacía lo exótico, a estar caracterizada por una percepción basada en la captación, procesamiento, sistematización y articulación de la información, todo lo cual queda patente en la fuente analizada en estas páginas (Ollé, 2000, p. 60).

2. RÁPIDO AVANCE, LENTA RETIRADA: LOS PRIMEROS INTENTOS DE PAZ

En el invierno de 1592, pese a que apenas habían transcurrido seis meses desde el inicio del conflicto, la invasión japonesa de Corea se encontraba en un *impasse*. El fulgurante avance japonés, favorecido inicialmente por una superior capacidad armamentística, una mayor experiencia militar y la falta de preparación coreana, se había ido diluyendo¹. Konishi Yukinaga (小西行長, 1555–1600) y el resto de sus generales se encontraban acantonados en la ciudad de Pyongyang, tras haber rechazado el 25 de agosto el ataque de un contingente de 3.000 chinos que habían

1 Para poner en perspectiva el vertiginoso progreso del ejército japonés a lo largo y ancho de la península coreana basta con señalar que a las tres horas de desembarcar en Corea, la vanguardia nipona tomó la ciudad de Pusan, a los tres días ocupó la capital del país, Seúl, y a las tres semanas entró en Pyongyang.

acudido en auxilio de Corea, pero sin posibilidades de avanzar². Según fuentes coreanas, este primer enfrentamiento entre las tropas chinas y japonesas se saldó con una aplastante victoria nipona, gracias a una estratagema ideada por Konishi quien, al simular el abandono de la ciudad, logró atraer a los soldados enemigos al interior de la muralla, circunstancia que aprovechó para masacrar al ejército chino al sorprenderlo desprevenido (Byonghyon, 2002, p. 119).

Tras esta derrota, la corte Ming comenzó a prestar un especial interés a una amenaza que hasta entonces había considerado inocua, por lo que envió a Japón una delegación para que valorase la situación. El líder de esta embajada, Shen Weijing (沈惟敬, *Yuqueqi* en los manuscritos europeos), rápidamente entabló negociaciones con Konishi para poner fin a las hostilidades. A día de hoy se desconoce qué tipo de poderes le fueron conferidos a Shen por la corte Ming, ni en calidad de qué se presentó ante los japoneses. Sí se sabe que su elección como emisario chino se debió a su profundo conocimiento de la sociedad y las costumbres japonesas tras haber pasado varios años como cautivo de piratas nipones (Aston, 1878, p. 243).

Tras el primero de los acuerdos firmados, Corea quedaba dividida entre China y Japón, y el emperador chino Wanli (萬曆帝, 1563-1620) se comprometía a entregar al rey coreano a los japoneses. Para poder rubricar este acuerdo, Shen y Konishi negociaron un armisticio –que los registros coreanos cifran de 15 días (Byonghyon, 2002, p. 133) mientras que el historiador luso Luís Fróis (1532-1597) cifra en meses–, durante el cual el diplomático chino debía acudir a Pekín para obtener el permiso del emperador Ming para ratificar el compromiso. Sin embargo, y a pesar de lo pactado, los chinos enviaron en febrero de 1593 un segundo ejército, mucho más numeroso que el primero, conformado por unos 50.000 hombres solo en la unidad del general Li Rusong (李如松, 1549-1598) (Sansom, 1963, p. 358), que atacó a las tropas japonesas establecidas en Pyongyang y las forzó a retirarse hasta Seúl. Debido a la falta de vituallas, Konishi y los otros comandantes nipones aceptaron de nuevo entablar conversaciones con el gobierno chino. Durante tales encuentros, a cambio de la liberación de las dos princesas coreanas (Imhae y Sunhwa) que los nipones tenían retenidas, el abandono de Seúl y la retirada de los ejércitos invasores hasta la costa sur de la península coreana, la China Ming se comprometió a negociar la paz con Japón como reino vasallo (Murdoch & Yamagata, 1903, p. 345). Al parecer, el comandante nipón, al igual que el resto de los generales, cumplió con su palabra, y el 9 de mayo de 1593 la capital coreana fue liberada, retirándose a las fortalezas (倭城, *wajō*) que erigieron en la costa meridional (Byonghyon, 2002, p. 184; Turnbull, 2007). Sin embargo, Konishi se encontró una enorme dificultad, a saber: debía

2 Bautizado con el nombre de Agustín, Agostinho en portugués, Konishi Yukinaga nació en el seno de una familia de comerciantes de Sakai. Gracias a su habilidad como estratega y administrador fue ascendiendo de rango dentro del ejército de Hideyoshi hasta que, tras la campaña de Kyūshū (1587), en reconocimiento a sus servicios, le fue entregado el gobierno de la mitad de la isla (Petrucci, 2005). Durante la invasión de Corea, Konishi fue el líder de la 1ª División del ejército japonés, compuesta por 18.700 hombres, y cuyos altos mandos en su mayoría eran, al igual que él, cristianos conversos.

defender ante el regente emérito (太閤, *Taikō*) Hideyoshi una retirada que, a todas luces, contravenía sus deseos (Berry, 1982, p. 179). Para suavizar la situación, acordó con Shen Weijing el envío de una embajada para satisfacer la “honra” de Hideyoshi y negociar el restablecimiento del comercio entre ambas naciones.

En junio de 1593, Shen, Konishi y otros dos dignatarios chinos: Xu Yiguan (徐一貫) y Xie Yongzi (謝用梓), se reunieron en Nagoya para tratar de consensuar un acuerdo de paz³. Los escritos de los misioneros europeos, y en especial la *Historia de Japam* de Luís Fróis, recogen ciertas condiciones que Hideyoshi exigió al emperador chino para alcanzar el armisticio, como la entrega de una de sus hijas a Hideyoshi “para ser su mujer en señal de paz”, la cesión de la “mitad de Corea” o el restablecimiento del “trato que antiguamente los japoneses tenían con los chinos” (Fróis V, 1976, 596). Estas son las tres principales demandas, pero el escrito del jesuita portugués omite otras de gran relevancia que reflejan la soberbia exhibida por Hideyoshi durante todo el proceso de negociación y nos ayudan hoy a comprender la gran desventaja en la que se encontraba el ejército nipón. Por ejemplo, la firma de un tratado de amistad entre Japón y China; un intercambio de juramentos y pactos entre oficiales de los dos países; el envío de un príncipe y varios oficiales de alto rango coreanos a Japón como rehenes o la devolución de las dos princesas liberadas (Turnbull 2002, 179; Hawley 2005, 365; Berry 1982, 214; Swope 2009, 188; Sansom 1963, 215).

Los embajadores, tras escuchar a Hideyoshi, partieron hacia Pekín junto con el japonés converso Naitō Yukiyasu (内藤如安, 1544-1626, bautizado con el nombre cristiano de Juan), conocedor de la lengua china (Swope 2009, 177). Por su parte, Konishi Yukinaga regresó a Corea, donde, bajo las órdenes de Hideyoshi, debía esperar la respuesta del emperador chino. Pese a que el trasiego de embajadores entre los dos bandos en disputa fue constante, tal y atestiguó el misionero español Gregorio de Céspedes (1551-1611) en sus famosas cuatro cartas escritas durante su visita a Corea, las negociaciones se prolongaron durante casi tres años. Al parecer, el jesuita madrileño, primer europeo en pisar tierras coreanas, estuvo presente en varias de las reuniones celebradas entre Shen Weijing y Konishi. En una de ellas, el misionero entabló conversación con el diplomático chino al que requirió una licencia real para poder “predicar la ley de Dios y [el] camino de la Salvación en China”. Según atestigua Céspedes, Shen se mostró receptivo a esta solicitud y le prometió elevar su propuesta al rey Ming (ARSI,⁴ *Jap. Sin.* 121, f. 182v).

Por otro lado, la masacre que las tropas niponas llevaron a cabo en la fortaleza coreana de Chinju/Jinju, en plenas conversaciones de paz, acrecentó el recelo, ya de por sí elevado, que generaba en la corte Ming todo lo japonés (derivado fundamentalmente de los continuos ataques que los piratas nipones efectuaban en

3 Ciudad que Hideyoshi mandó construir *ex profeso* para que funcionase como base de operaciones durante la invasión de Corea. Se halla ubicada en Hizen, al noroeste de Kyūshū, actual prefectura de Saga, por lo que no debe confundirse con la actual Nagoya.

4 Archivum Romanum Societatis Iesu (en adelante ARSI).

las costas chinas desde el siglo XIV). Además, Hideyoshi, falto de experiencia a la hora de negociar con líderes extranjeros, trató al monarca chino del mismo modo que lo hacía con los daimios rivales, lo que generó un gran malestar en la corte de Pekín y causó problemas de índole formal y protocolario. Uno de estos obstáculos, descrito por Céspedes, y que hasta ahora desconocíamos, fue la falta de una “patente” que Naitō Juan debía poseer para poder confirmar su identidad como representante oficial de su gobierno (Ajuda,⁵ *Jesuítas na Ásia*, 49-IV-57, f. 291v), lo que le obligó a esperar en la ciudad de Liandong hasta el 22 de diciembre de 1594, fecha en que le fue concedida una audiencia con Wanli, el emperador Ming (Yune-Hee, 1973, p. 34). En esta audiencia se comunicó al enviado cristiano que China aceptaba el acuerdo de paz siempre y cuando el ejército japonés se retirase completamente de Corea, y Japón se comprometiese a no volver a atacar a su aliado. No obstante, le hicieron ver que existía un precepto ceremonial que les impedía finalizar las negociaciones (Swope 2009, 201–2). Tras la campaña contra el clan Hōjō de 1590, Hideyoshi se había convertido en el gran señor de todo Japón, pero no ostentaba ni siquiera el título de *shōgun* (將軍), y menos aún el de emperador, por lo que no tenía el estatus necesario para rubricar el acuerdo. Por ello, la corte china ofreció la posibilidad de conceder una “dignidad real” al caudillo nipón, nombrándole “rey de Japón”, para que así el emperador chino “pueda comunicarse con él” y firmar la paz (Fróis V, 1976, 600).

A pesar de que esta propuesta contravenía a todas luces los deseos de Hideyoshi, ya que no solamente no se convertía en señor de China, como era su objetivo final, sino que suponía reconocer de facto su sumisión como rey vasallo, Naitō Juan aceptó la oferta (Byonghyon, 2002, p. 192). Existe un amplio debate en la historiografía moderna sobre los motivos que llevaron al embajador nipón a dar el visto bueno a una propuesta que, al entender de la corte Ming, hacía de Japón su “concubina” (Byonghyon, 2002, p. 191). Algunos historiadores nipones han teorizado sobre la posibilidad de que Naitō no supiese leer chino y que, por tanto, habría sido engañado por la corte de Pekín para aceptar un trato diferente al que realmente transmitieron a Hideyoshi. Esta hipótesis fue rebatida por los misioneros europeos, quienes pudieron presenciar de primera mano sus amplios conocimientos lingüísticos, cuando, durante su exilio en Filipinas, Naitō Juan tradujo multitud de textos científicos y religiosos chinos al japonés (Steichen, 1900, p. 196). Sin embargo, según han señalado varios investigadores contemporáneos, el diplomático japonés actuó siguiendo los mandatos de su señor Konishi Yukinaga, quien, desde el inicio de la invasión, había tratado incansablemente de alcanzar la paz, y no dudó en emplear la desinformación, la falsificación de documentos y el engaño contra su propio gobierno. De hecho, a lo largo de la guerra existieron dos grupos bien diferenciados entre los comandantes japoneses: por un lado se encontraban Yukinaga y sus partidarios, defensores de una política de protección y negociación, y por otro lado, en contraposición a los primeros, estaban Katō Kiyomasa (加藤 清正, 1562-1611) y sus seguidores, quienes

5 Biblioteca da Ajuda.

se mostraron fieles a las órdenes que Hideyoshi enviaba desde Nagoya, y que trataron por todos los medios de mantener activas hostilidades (Berry, 1982, p. 214; Kim Haboush, 2016, p. 111; Swope, 2009, p. 190). Los jesuitas europeos, probablemente para justificar los actos del gran señor cristiano (Guerrero, 1604, pp. 479–480), comentan en sus escritos, como se verá más adelante, que Konishi malinterpretó los deseos de Hideyoshi, entendiendo que este anhelaba la investidura como monarca tributario de los Ming. Por otro lado, como ha señalado Swope (192), puede que el problema de la investidura de Hideyoshi tenga su base en una confusión idiomática con el término *Heqin* (和親), que para los japoneses significaba “igualdad”, mientras que para los chinos equivalía a “subordinación”. Sean cual fueren las motivaciones de estos dos cristianos, lo cierto es que Hideyoshi, tras una confusa ceremonia de investidura, rechazó el título de rey de Japón y mandó reemprender, si cabe con más virulencia, la invasión de Corea. En las próximas páginas analizaremos dicha ceremonia fallida, apoyándonos en unas fuentes primarias hispano-lusas inéditas hasta día de hoy, y que aportan valiosa información, no solo para los investigadores interesados en la propia *Imjin waeran*, sino también en la presencia europea en el Lejano Oriente. Y es que, si las negociaciones hubiesen fructificado, y la investidura de Hideyoshi como monarca nipón se hubiese llevado a cabo, esto habría afectado enormemente a los intereses portugueses en la región, pues el comercio sino-japonés se hubiese restablecido y los mercaderes europeos hubiera perdido el monopolio que ostentaban sobre el contacto comercial entre ambas naciones.⁶ Además, el fin de la guerra podría haber llegado a amenazar la presencia española en las Filipinas, en tanto que, al haber resuelto su conflicto en Corea, el caudillo japonés habría estado en disposición de materializar sus famosa amenaza contra la única posesión de la corona hispana en la región (Boxer, 1967, pp. 160–161; Gil, 1991, p. 39; Iaccarino, 2017, pp. 35–41; Takizawa, 2018, p. 108; Turnbull, 2016, pp. 108–109).

3. EL CUADERNO DE LUÍS FRÓIS: HERMENÉUTICA DE UNAS NEGOCIACIONES

El manuscrito titulado *Cuaderno que va separado de la Anua en que se trata del suceso de las cosas y estados del Japón seglar y de algunos prodigios que acá hubo*

6 El jesuita Matteo Ricci, en una misiva redactada en Nanchang el 9 septiembre de 1597, dejó constancia de que las conversaciones de paz podían marcar una nueva era en las relaciones internacionales de todo el Lejano Oriente, y en especial en el ámbito comercial, mostrándose especialmente preocupado por cómo podrían estas afectar a los interés mercantiles de los portugueses: “Gl’anni passati fecero i Giapponesi guerra alla Coria, che sta per la parte orientale della Cina, che la divide dal Giappone; e sebene l’esercito della Cina soccorse alla Coria e bottò fora i Giapponi, con tutto, tutto il regno restò si impaurito che adesso fecero pace con loro e fecero la voglia in molte cose del Giappone; e così si temono anco de’ Portoghesi che vengono a comprar mercantie per la parte australe e conseguente di noi, che veniamo per quel camino” (Ricci, 2001, p. 343).

este año de 96 (Obara, 1981, p. 211)⁷, y más exactamente, la sección final encabezada *De cómo vio Taico los embajadores de la China*⁸ se terminó de redactar en Nagasaki el 28 de diciembre de 1596. Este manuscrito constituye una de las últimas obras conservadas del notorio jesuita portugués Luís Fróis Fróis (1532-1597) quien falleció, fruto de una larga enfermedad, apenas unos meses después de haber finalizado su redacción. A pesar de sus limitaciones físicas, el historiador luso debió de asistir al proceso de las últimas negociaciones de paz entre Japón, China y Corea, y escribir el *Cuaderno* sirviéndose de una combinación de testigos oculares europeos y de fuentes japonesas, la mayoría de carácter oral⁹. Partiendo de una combinación de los viejos modelos interpretativos donde imperaban el euhemerismo, el providencialismo y otros juicios de valor procedentes de la clásica formación retórica y judeocristiana, con la aparición de nuevas formas narrativas propias del Humanismo Renacentista, marcadas por una mayor coherencia narrativa donde destacaba el examen y análisis de los acontecimientos, Fróis reconstruye la estancia de los diplomáticos chinos en Japón y el infructuoso final de dicho encuentro. A través de la autoridad de lo “visto” y lo “vivido” (*res gestae*) (Coello de la Rosa, 2004, p. 600) el jesuita portugués describe en el *Cuaderno* una serie de acontecimientos que, por su cotidianeidad o frecuencia, fueron desatendidos por las fuentes asiáticas, pero que el distanciamiento espacial y cronológico les ha conferido un valor historiográfico digno de mención.

Al ser uno de los pocos manuscritos, tanto occidentales como asiáticos, que trata y analiza de forma exclusiva el tema de los acuerdos llevados a cabo por Konishi para la conclusión de la guerra, este códice peninsular resulta, en esencia, muy descriptivo. De este modo, se centra principalmente en dos puntos: 1) la ceremonia de acogida que recibieron los embajadores chinos con su séquito, y la marcha de estos hacia Ōsaka; 2) el gran terremoto de 1596 que sacudió el sureste de la isla de Honshū, y la muerte y destrucción que este generó. No cabe duda de que el segundo punto es el elemento dramático empleado en toda narración misionera, que acabó por arruinar el lujo, la opulencia y las nuevas construcciones que el *Taikō* mandó a construir para la acogida de los embajadores chinos.

Ajeno a las intrigas y conjuras que Yukinaga estaba ideando, y tomando como verdad la palabra de Naitō Juan, el emperador Míng emitió un decreto que investía a Hideyoshi rey de Japón. Creyendo que esta medida suponía la consumación de las negociaciones, la corte china organizó una nueva embajada con la misión de

7 Este manuscrito (en adelante *Cuaderno*) se encuentra en el ARSI de Roma (*Jap. Sin.* 46, ff. 231-250v), junto con otra copia en portugués, probablemente su primera versión (*Jap. Sin.*, 46, ff. 298-317). Además, existe otra copia en latín publicada en 1599 en Maguncia, en el volumen *De Rebus Japonicis Historica Relatio* (Ex officina Typographica Ioannis Albini), ff. 132-143v.

8 ARSI, *Jap. Sin.* 46, ff. 245v-250v.

9 “Acerca de lo cual decía un hidalgo a los padres en el Miaco” (f. 232); “de la cual escriben los padres que” (*Cuaderno*, f. 232); “que afirmó el gobernador del Sacay, a un padre nuestro hablándole de esta obra” (f. 232v); “Y según dicen...” (f. 232v) “porque dice que...” (f. 232v); “que dicen tener tanto oro” (f. 246); “que dicen nunca se haber hecho en Japón (f. 247v).

presentar ante Hideyoshi “la corona y [el] título de rey” (*Cuaderno*, 231v). Li Tsung-Cheng, el primer embajador, y su compañero Yang Fangheng (楊方亨) arribaron a Pusan en octubre de 1595, momento en el que solicitaron una audiencia a Yukinaga, la cual declinó aduciendo que solo podía “atender al embajador Ming” después de “haber recibido órdenes” de su señor (Aston, 1881, p. 217; Byonghyon, 2002, p. 193; Hawley, 2005, p. 407; Kuno, 1937, pp. 333–335). Fiel a estas palabras, el señor cristiano viajó, junto con Shen Weijing y Terazawa Hirotaka¹⁰, hasta tierras japonesas para informar a Hideyoshi y organizar los preparativos para acoger a los diplomáticos chinos (Hawley, 2005, pp. 405–406).

Mientras esto acontecía, los embajadores chinos quedaron a la espera en la fortaleza de Pusan, donde los japoneses dispusieron “grandes vigías y guardas sobre ellos” para evitar que se produjese “alteración alguna” (*Cuaderno* 231v). Sin embargo, esta estrecha vigilancia no cumplió su cometido, ya que una noche, Li Tsung-Cheng, que era “aun un mancebo y aparentado en la corte”, huyó a “uña de caballo para la China” (*Cuaderno* 234v). Curiosamente, Fróis culpa de esta fuga al carácter apocado de los “mandarines, que no son ejercitados en la guerra, [...] pusilánimes, tímidos y afeminados”, y a la vileza de un soldado japonés “pagano”, quien “metió grandes miedos” al embajador al decirle que estaban siendo “tanto tiempo retenidos como presos” porque Hideyoshi quería “vengarse de ellos por las muchas descortesías que en Corea habían hecho los chinos en su ejército, [...] por lo que no dejaría su vida de correr grande peligro” (*Cuaderno* 234v). Las fuentes coreanas ofrecen una versión parcialmente diferente de la historia descrita por el jesuita. Según el *Jingbirok* 징비록, Li Tsung-Cheng, que era un hombre tímido y apocado, tras escuchar comentar a alguien que Hideyoshi no tenía intención de recibir la investidura, entró en pánico pues temía que, si viajaba a Japón, sería arrestado o ejecutado, por lo que decidió huir (Byonghyon, 2002, p. 194). Esta información es plausible, ya que, como señala Swope, en Corea existía la opinión generalizada de que los japoneses no iban a aceptar las condiciones de paz chinas y que el reinicio de las hostilidades era una realidad inevitable (212). Sea como fuere, las informaciones de la huida del embajador alcanzaron a Konishi en el mar, cuando de regreso a Corea interceptó a un mensajero de Ukita Hideie (宇喜多秀家, 1573-1655), daimio de Bizen y Mimasaka, a la altura de la isla de Iki (Steichen 1900, 199).

La exposición que ofrece Fróis de los acontecimientos que siguieron a este hecho, evidencia los rasgos característicos de su estilo narrativo, el cual se encuentra vinculado indudablemente con la historiografía, al incorporar múltiples planos alegóricos e imaginativos que facilitan la comprensión de su obra al lector europeo, empleando ciertos patrones arquetípicos que les eran familiares, como el del héroe cristiano (Coello de la Rosa, 2004). Y quién mejor para representar este papel que

¹⁰ Terazawa Shima no Kami Hirotaka (寺沢 広高 1563-1633), conocido por los misioneros europeos como “Ximano Camidono”, señor de Karatsu, fue nombrado por Hideyoshi gobernador (*bugyō*) de Nagasaki en 1592 (Elison, 1988, p. 219).

Konishi Yukinaga, en el que Fróis y el resto de jesuitas personificaron los ideales de la lealtad, la defensa del débil, la honra y, en consonancia con el fin proselitista y formativo de todo discurso elaborado por los miembros de la Iglesia, la piedad cristiana, gracias a la cual obtuvo toda su fama y gloria: “por ser Agustín temeroso a Dios y muy amigo de la Iglesia, no le faltan buenas pedreras” (*Cuaderno* 235v). Además, como complemento, el misionero portugués también incorporó a su narración la figura del enemigo infiel, representada en Katō Kiyomasa, poseedor de la mitad de la provincia de Higo y gran antagonista para todos los cristianos. Por ello, continuando con este planteamiento, el historiador jesuita afirma que Konishi, tras enterarse de la huida del embajador Ming, actuó con gran presteza y envió a Terazawa de regreso a tierras japonesas para poner al corriente a Hideyoshi y culpar a Kiyomasa de todos los escollos sufridos durante las negociaciones. Acusó a este, ante el gran caudillo nipón, de haberle desautorizado frente a los embajadores chinos y de darles a entender que la paz no era algo que Hideyoshi deseara (Steichen, 1900, p. 199). Básicamente vino a afirmar que la paz “se hubiera concluido dos años o tres antes si no fuera por Toranosuque” (*Cuaderno* 235v). Kiyomasa, visto como antagonista no solo por Konishi sino también por los propios misioneros, para quienes se trataba de un “hombre digno de ser aborrecido” (*Cuaderno* 235v), sufrió por esta acusación la furia de Hideyoshi, quien estuvo a punto de ejecutarlo, “mas que por lo haber servido desde niño le perdonaba la vida, mas que no le había de ver y que solamente apareciese delante del príncipe su hijo, fuera de su gracia” (*cuaderno* 236).

Al tiempo que esto sucedía en Japón, Konishi arribaba en Pusan, donde elevó una queja a la corte china por el comportamiento de su dignatario huido. La réplica que recibió se encuentra recogida en el *Cuaderno*:

Llegó la respuesta de Pekín, diciendo que en la corte no se había sabido de la huida del embajador. Y por cuanto tenía hecho tan vil y bajamente, y [...] deshonra y menos casos del rey de la China, que luego lo mandaba prender en hierros, y a su padre, madre y por cientos que quedasen por ahí, unos tristes y pobres labradores. Y al segundo embajador [Yang Fangheng], que en la corte se tenía por hombre muy asentado y de quien se hacía mucho caso, que quedase con el título del primer embajador, al cual se concedían todos los poderes que el primero llevaba (*Cuaderno* 235).

No fue hasta bien entrado el invierno del año 1595 cuando la embajada china pudo realizar el viaje hasta tierras japonesas (Sansom, 1963, p. 359). A Yang Fangheng, que había asumido el cargo de primer embajador, le acompañaron en esta travesía Konishi Yukinaga, Shen Weijing y dos representantes de la corte coreana, Hwang Shin (1562-1617) y Pak Hongjang (1558–1598), amén de los casi 50.000 soldados japoneses que abandonaron Corea como parte de los acuerdos de paz (Marshall 2020, 81-104)¹¹. Es a partir de esta fase de la historia cuando el *Cuaderno*

¹¹ Tras la marcha de Yukinaga en el invierno de 1595 se abandonaron todas las fortalezas que los japoneses habían construido en la costa de Corea, salvo las cuatro guarniciones que rodeaban Pusan.

adquiere su principal riqueza informativa y se convierte en una importante fuente fundamental para el estudio de las negociaciones diplomáticas que tuvieron lugar durante la guerra *Imjin*, al describir con gran detalle, y mediante datos inéditos, el devenir de la embajada china de 1596.

Siguiendo la narración del documento jesuita, a comienzos de ese año de 1596, la comitiva de los embajadores chinos arribó a Nagoya, desde donde partió hacia la ciudad de Sakai, quedando a la espera de que Hideyoshi tuviera a bien recibirles para formalizar la investidura. La presencia de estos diplomáticos chinos en Japón, así como el quehacer de Konishi en el conflicto, fueron asuntos que suscitaron un enorme interés entre los miembros de la Compañía de Jesús repartidos por el continente asiático. Así lo atestigua la carta redactada por el italiano Matteo Ricci (1552-1610) desde Nanchang el 13 de octubre de 1596:

Quest'anno ebbi lettere dal p. Organtino e dal p. Francisco Pasio de Giappone, e mi scrivono che stanno adesso per concludere le paci il Giappone con il re della China. E, perchè il principale che trata questo negocio è un signore di Giappone, detto Agostino, bon christiano, trattano anco con gli imbasciatori del re della China di aver licentia per intrar padri di là a predicare il santo Evangelio. E perchè il Giappone sta dirimpetto del nostro Pachino dove risiede il re, possono fácilmente essere loro i primi che là entrano, e mi danno grade speranza che il negocio riuscirà (Ricci, 2001, pp. 338–339).

El encuentro entre Hideyoshi y la embajada Ming se hizo esperar, ya que este no les concedió de inmediato audiencia, so pretexto de que se encontraba inmerso en la construcción de un fastuoso castillo en Fushimi, ciudad mediante la cual el mandatario nipón quería mostrar a los emisarios chinos, mediante la pompa que exhibían sus construcciones, la supremacía de Japón¹². En dicha fortificación, que contaba con “los mejores y más suntuosos edificios y con las más soberbias y magnificas obras” del país, Hideyoshi mandó erigir una “hermosa y lustrosa sala en que cabían mil tatamis extendidos”, donde pretendía “recibir a los embajadores de la China” (*Cuaderno* 237v)¹³. Toda vez que el déspota japonés consideró que su edificación mostraba la magnificencia adecuada y se habían completado los preparativos para una recepción con “cerca de ciento y cincuenta mil hombres de pie y de a caballo, con el mayor triunfo y aparato que pudiese ser”, hizo llamar a los diplomáticos chinos, pero surgió un nuevo obstáculo en la consumación de las negociaciones que, “en espacio de media hora” deshizo “sus designios y cuantas trazas y obras tenía hecho en tantos años” (*Cuaderno* 238). El 30 de agosto de 1596, a las 20:00 horas de la noche la región de Kansai, donde se ubican entre otros los núcleos urbanos de Kyōto, Ōsaka o la propia fortaleza de Fushimi, sufrió uno de los

12 En la actualidad, Fushimi constituye uno de los once distritos de la ciudad de Kyōto.

13 El *tatami* consiste básicamente de una estera rectangular de paja entretejida con bordes de tela. Sus dimensiones se ajustan para acoger a una persona tumbada, por lo que se estandarizaron con unas medidas de 90 cm de ancho y 180 de largo. Por ello, según los datos aportados por Fróis, la sala del castillo de Fushimi debía tener una dimensión aproximada de 1.620 m².

terremotos más destructivos en la ya de por sí convulsa historia sísmica nipona: “fue un terrible temblor de tierra que hizo las más bravas destrucciones que nunca los hombres se acuerdan haber visto ni oído que aconteciese en Japón” (*Cuaderno* 237v)¹⁴. Este desastre natural fue descrito con gran dramatismo por Fróis:

Andaba la gente por las calles como fuera de sí, desamparando sus casas. Y los que escapaban de aquella primera furia, unos estaban llorando a sus mujeres e hijos y parientes que habían sido muertos debajo de aquellas ruinas, o actualmente muriendo, y daban grandísimas voces y gritos debajo de las casas, adonde vivos estaban enterrados. Otros temiendo que se abriese la tierra y los tragase y enguliese vivos llamando con lágrimas por el nombre de Amida,¹⁵ le rogaban que los salvase (*Cuaderno* 238v)¹⁶.

El propio Hideyoshi estuvo a punto de perecer en el terremoto, pero logró salvar la vida milagrosamente junto con su hijo Hideyori (豊臣秀頼, 1593-1615) y la madre de este, Yodogimi (淀君, 1569-1615) (Hawley, 2005, p. 516). El *Cuaderno* aporta al respecto de este hecho información hasta ahora desconocida. Así, por ejemplo, el autor narra que este suceso dejó secuelas psicológicas en la vida del *Taikō*, ya que, desde el seísmo, “no duerme dentro de casa, sino en una casilla hecha de cañas cubierta con unas tablitas muy livianas” (*Cuaderno* 240). Por otro lado, el caudillo japonés sufrió cuantiosas pérdidas materiales, debido a que el castillo de Fushimi, en el que tanto tiempo y riquezas había invertido, y donde planeaba recibir a los emisarios chinos, quedó completamente destruido (Berry, 1982, p. 232; Steichen, 1900, p. 201; Swope, 2009, p. 220). Por ello, Hideyoshi decidió que la recepción de los embajadores Ming se realizase en la fortaleza de *Ōsaka*, la cual, pese a que había sufrido graves desperfectos, sus reparaciones era más sencillas y rápidas de realizar¹⁷:

Como con este temblor de la tierra quedó tan arruinado Fushimi, y principalmente la fortaleza que ni modo tenía para estar nadie en ella, cuanto más para recibir embajadores, determinó *Taico* venir a recibirlos a *Ōsaka* [...] Y para este recibimiento, mandó hacer

14 Se estima que el terremoto de Keichō-Fushimi fue de una magnitud de 7.0 en la escala de Richter (Walraven, 2002)(Ozawa, 1972).

15 Amitabha es el buda más importante de la escuela de la Tierra Pura, una rama del budismo.

16 El recuento de víctimas que ofrece el *Cuaderno* es el siguiente: 600 en *Ōsaka*, 300 en *Miaco* (Kyōto), 2.000 en Fushimi, 700 en Tsunokuni (Amagasaki) y 300 en Akashi. Además, el escrito jesuita, con la intención de contextualizar la catástrofe, ofrece un dato escabroso pero esclarecedor sobre la magnitud de número de víctimas mortales del terremoto de 1596: “murieron tantas que no los pudieron quemar, los echaban parte en el río y parte en un valle que esta allí cerca” (*Cuaderno* 237v-238; 239v; 240-240v).

17 Según consta en el *Cuaderno*, tras el terremoto únicamente sobrevivieron tres edificaciones del castillo de *Ōsaka*: “no quedaron más en la fortaleza que la torre sola, y esa bien maltratada, y una casa que se llama “lugar del monte”, y una riquísima puerta que llaman *Goquraqufaxi* [Gokurakubashi], que quiere decir *la puerta del paraíso*, que al parecer fue hecha con tanto oro que costó quince mil ducados (*Cuaderno* 246).

unas casas de emprestado sobre las ruinas y destrucciones pasadas, estrechas mas muy ricamente concertadas con sus biombos dorados, y los más ornamentos requisitos (*Cuaderno* 246v).

Una vez que se retiraron los escombros y se realizaron las obras pertinentes, Hideyoshi “mandó recaudo a los embajadores que en el primer día de la octava luna los vería en Ōsaka” (*Cuaderno*, 246). Existe cierta ambigüedad sobre la fecha exacta en que se produjo esta reunión, ya que los historiadores modernos datan el encuentro entre el 1 y 2 de septiembre de 1596, mientras que Fróis sostiene que fue el 20 de octubre (Berry, 1982, p. 232). No obstante, la mayor valía del escrito del religioso portugués no reside en su concisión cronológica, sino en la profusión de detalles inéditos que contiene, por ejemplo, de la procesión que realizó la comitiva china desde Sakai al castillo de Ōsaka¹⁸.

En el *Cuaderno* se recoge, entre otros muchos pormenores, que abría la marcha *Yuqueqi* (Shen Weijing) “vestido de morado representando bien su personaje, en una silla o litera cubierta por arriba y por todos los lados”, seguido por cuarenta abanderados, portando pendones “amarillos con las letras grandes en caracteres de la China colorados” y otros soldados a caballo que llevaban “cada uno una tabla con unas letras muy grandes chinas, que parecían como provisiones o patentes” (*Cuaderno* 246)¹⁹. Tras estos desfilaban los músicos con chirimías “que tienen las voces como de gaitas, más no tan sonoras” y veinticuatro “hombres honrados”, vestidos “con sus dragones bordados en los pechos y espaldas” (246v). La carta del rey de la china era transportada en su propio palanquín, protegido por “cuatro venerables chinas vestidos de damasco carmesí, con bonete de orejas”, y detrás del palanquín marchaba el séquito del “embajador principal”, es decir, de Yang Fang-Heng, con una ristra de banderas, “unas de seda y otras de paño de algodón”, algunas “con dibujos de faisanes”, atadas a “bordones o bastones gruesos y largos”. El propio embajador iba engalanado con sus mejores vestidos, siendo transportado “en una silla o litera descubierta que llevaban ocho hombres a los hombros vestidos de carmesí y una grande piel de tigre muy hermosa puesta en las espaldas de la silla” (246v). Por supuesto, le acompañaban sus lacayos, que serían “como doce”, portaban “arcos [...], flechas [...] mazas muy labradas [...]” y armaduras “hasta los pies, a modo de escamas de pescado doradas” (247). A pesar de todo este despliegue, la opinión de los jesuitas sobre la procesión no es positiva, ya que, según sus estándares, muchos de los chinos “iban mal vestidos y alguna cosa de recuaje indecente” por lo que “de

18 En 1584, los jesuitas introdujeron el calendario gregoriano, de carácter solar en Japón. Sin embargo, fruto de su inmersión cultural, en ocasiones los misioneros emplearon en sus escritos el calendario lunar tradicional japonés, lo que genera cierta confusión cronológica a la hora de fechar hechos.

19 Se desconoce qué palabras, emblemas o símbolos tenían bordadas las banderas que mostraron los chinos en su itinerario protocolario para encontrarse con Hideyoshi. Sin embargo, se tiene registro de que Shen Weijing viajó en alguna ocasión bajo una bandera donde se podía leer: *Diao-ji-liang-guo* (“la paz se hará entre dos países”) (Byonghyon, 2002, p. 193).

la manera que fueron se sentía ir la fiesta aguada”, aunque reconocen que “en los ojos de los japoneses que los estaban viendo iban lustrosos” (247).

El primer contacto entre Hideyoshi y los embajadores Ming consistió en un breve intercambio de presentes, donde no se trató ninguna cuestión relacionada con los acuerdos de paz. El gobernante nipón, además de enormes cantidades de materiales preciosos como “mil doscientos cates de seda, que cada cate es un poco más de libra, y mil piezas de damasco de la China”, recibió “la carta del rey de la China” que venía escrita en una “lámina de oro grande y pesada metida en un cofre de oro” y una “corona real”, acompañada de varios conjuntos de ropajes tradicionales chinos, tanto para él como para todos los miembros de su círculo personal (247). Tras la entrega de regalos, ambas partes se retiraron y volvieron a encontrarse al día siguiente en castillo de Ōsaka, donde se celebró la investidura.

Esta ceremonia se inició con un recibimiento “al modo de Japón”, es decir, “asentados sobre tatamis, estando iguales en los asientos *Taico* y el embajador” y con la ceremonia del *Chanoyu* (茶の湯) (Valignano, 1946). Tras este ágape, Hideyoshi tomó la carta del emperador Ming, mostrando una gran alegría, pues las desinformaciones de Konishi y su incompreensión de los caracteres chinos le llevaron a creer que el documento recogía la rendición de Wanli y su entronización como rey de China (Swope, 2009, p. 190). Tal fue su euforia que se retiró para vestirse con los ropajes que los chinos le habían entregado, y al volver a entrar en la sala “lo adoraron los chinas con grande veneración y acatamiento” (*Cuaderno* 247v). Se produjo así un claro malentendido, ya que los chinos, al ver el júbilo del *Taikō*, entendieron que había aceptado de buen grado su sumisión a China, tal y como recogía la carta,²⁰ mientras que el japonés consideró que la misiva le investía emperador de China.

La recepción finalizó con un espléndido banquete “con mesas altas y sillas, con tanto aparato y ostentación, y con tanto género y variedad de ceremonias, que era más para ver que para comer, y así se tornaron para sus casas” (*Cuaderno* 247v). Ese mismo día por la noche, Hideyoshi se reunió en privado con Shen Weijing y Yang Fangheng, y aprovechando el buen humor de este, los chinos trataron de interceder por Hwang Shin y Pak Hongjang, los mensajeros que la corte coreana habían enviado con la embajada, y a quien el general japonés se había negado a recibir: “Con esta buena ocasión le hablaron ambos del embajador de *Coray* [Corea],²¹ rogándole que lo viese y le perdonase” (*Cuaderno* 247v). Sin embargo, Hideyoshi se mantuvo firme y “se excusó con decir que tenía en el corazón ciertas quejas contra *Coray*, por muchas faltas que habían cometido contra él, por lo que no había que hablar en eso” (*Cuaderno* 247v), lo que explica que el representante coreano no participase en ningún momento de las conversaciones.

²⁰ Se puede consultar una transcripción de esta misiva en (Murdoch & Yamagata, 1903)(352).

²¹ Los misioneros europeos se refieren a la península coreana empleando varios términos: *Coray*, *Corai*, *Coria*, *Coriai*.

Siguiendo la cronología del documento jesuita, el 24 de octubre volvieron a Sakai los diplomáticos chinos, considerando que los acuerdos de paz habían finalizado, y que únicamente quedaba por dilucidar ciertas cuestiones protocolarias. Por ello, “después de partir los embajadores para el Sacay luego tras de ellos los envió *Taicō* cuatro bonzos de grande dignidad a que llaman *chōrō*”²² (248), con la orden de conceder a los chinos todo cuanto pidiesen. Según Fróis, los embajadores chinos aceptaron este ofrecimiento y realizaron la siguiente petición:

Pidieron tuviese por bien mandar deshacer las fortalezas y quitar los presidios que tenían en *Coray*. Y que quisiese perdonar a los *corais* [coreanos], diciendo que aún contra el propio rey de China tenían hechas muchas culpas, mas que de pura misericordia los perdonaba, aunque les hubieran de destruir del todo, mas que de un reino destruido ¿qué provecho se podía seguir?, por lo cual más y más le suplicaban esto (*Cuaderno* 248).

Si bien esta solicitud *per se* no fue la causante de la ruptura de los acuerdos de paz, sí que precipitó su trágico desenlace. Cuando los monjes²³ presentaron a Hideyoshi la petición de los chinos también le dieron a conocer el contenido de la carta del emperador Ming, y en especial las siguientes palabras: “nosotros declaramos que eres investido como rey de Japón” (Berry, 1982, p. 232). Este trascendental aspecto de la historia, que a la postre derivó en el reinicio de las hostilidades, no quedó recogido en el documento jesuita. Posiblemente su omisión responde a un deseo de Fróis de proteger la figura de Konishi Yukinaga, ya que todos los historiadores contemporáneos apuntan que el señor cristiano trató de convencer a los monjes budistas para que omitiesen en su informe cualquier término que pudiera herir el orgullo de Hideyoshi y salvar así los acuerdos de paz (Aston, 1881, pp. 217–219; Hawley, 2005, p. 409; Steichen, 1900, p. 197; Swope, 2009, p. 221; Turnbull, 2002, p. 180). Sin embargo, los bonzos, “antagonizando a Konishi por su fe cristiana”, interpretaron el documento con fidelidad (Murdoch & Yamagata, 1903, p. 352).

Aunque no acierta completamente con las causas, Fróis describe, con su vívido estilo, la furibunda reacción de Hideyoshi al conocer el verdadero significado de su investidura: “encendiose en tanta ira y furor que parecía haber entrado de nuevo en él alguna legión de demonios. Daba gritos y sudaba tanto que le salía humo por la cabeza” (*Cuaderno* 248). La confirmación de su poder por parte del emperador chino suponía para el gran señor japonés una flagrante humillación, exacerbada por la ausencia de alguna concesión de sus siete términos de paz, y especialmente la entrega de la mitad de la península coreana: “y acordándose de su primera traza, que era tomar por conciertos de paz la mitad de *Coray*, por lo cual parece que con deseo que le concediesen esto que deseaba, prorrumpió en estos excesos de indignación”

22 Monjes budistas con mayor antigüedad (長老).

23 Estos monjes budistas pertenecían al templo Shōkoku-ji. Además, se ha identificado al religioso encargado de realizar la lectura del mensaje en presencia de Hideyoshi como Sushō Shōtai (1548-1607) (Haboush, 2016, p. 352).

(*Cuaderno* 248). En primera instancia Hideyoshi dirigió su ira contra Konishi (Swope, 2009, p. 221), pues entendía que “él había aconsejado a los chinas”, una actitud que los jesuitas consideraron completamente injusta puesto que, a su entender, el señor cristiano había realizado grandes “servicios y trabajos” (*Cuaderno* 248), especialmente la negociación de “esta embajada de la China que *Taico* sumamente deseaba y tenía casi por imposible negociarse” fue finalmente posible “por la grande industria y prudencia con que Agustino redujo todas las cosas a su beneplácito” (*Cuaderno* 248v). No obstante, Hideyoshi también reprendió al resto de generales que habían participado en el conflicto, pues entendió que: “los otros *tonos*²⁴ que había enviado por capitanes a *Coray* le tenían engañado, y que si él fuera allá en persona qué hubiera hecho y acontecido y conquistado” (*Cuaderno* 248-248v).

Resulta reseñable, pese a lo contradictorio que a priori pueda parecer, que Hideyoshi no culpase del fracaso de las negociaciones a los chinos y convirtiese a los coreanos en la “cabeza de turco” sobre la cual volcar toda su frustración (Murdoch & Yamagata, 1903, p. 354). Esta condescendencia con los chinos por parte de Hideyoshi se debió fundamentalmente a la imposibilidad de enfrentarse directamente a ellos. Como había demostrado la primera fase de la guerra, las tropas japonesas estaban incapacitadas para hacer frente a los ejércitos chinos, fundamentalmente por una cuestión numérica, por lo que el caudillo japonés cambió de estrategia a partir de 1597 y centró sus esfuerzos en conquistar todo el territorio coreano. Con ello pretendía forzar a los chinos a volver a entablar negociaciones, pero esta vez desde una posición de clara superioridad, para lograr así las concesiones que ansiaba (Park, 1986, p. 225).

A entender del *Taicō*, los coreanos habían cometido una serie de actos imperdonables que debían castigarse: 1) la negativa a permitir el paso de las tropas japonesas en su camino hacia China; 2) la falta de agradecimiento formal por la devolución de las dos princesas capturadas durante la guerra; 3) la intromisión en los acuerdos de paz; 4) la ausencia de miembros de la familia real o funcionarios de alto rango en la embajada:

Contra los *corais* se indignó bravísimamente porque teniendo él perdonado al rey, y determinado de tornarle el reino y habiéndole restituido tres hijos que sus capitanes le tomaron en la guerra, no había venido en persona a darle las gracias, ni enviado por lo menos uno de sus hijos, sino solamente enviaba por embajador un villano sin acompañamiento ni presente. Por lo cual dijo que con los chinas tendría amistad, más con los *corais* ninguna (*Cuaderno* 284v).

Dos días después de la funesta lectura de la carta, aún enfurecido por el malentendido de la investidura, Hideyoshi “cometió una grave inhumanidad contra los embajadores” (*Cuaderno* 249v). Ordenó a los gobernadores del Sakai, “Josefo

24 Señores feudales (Rodrigues, 1604).

y a otro gentil”²⁵, que expulsasen en 48 horas a “todos los chinas y *corais* sin quedar ni uno solo”, bajo la amenaza de que, en caso de no cumplir su mandato, “ambos se cortasen” (249v), es decir que cometieran el *seppuku*, el ritual de suicidio japonés por desentrañamiento²⁶. Esta empresa, de gran dificultad por el número de personas involucradas –solamente la comitiva de los embajadores estaba compuesta por 300 individuos (Steichen, 1900, p. 198)–, se llevó a cabo “*por fas o por nefas*, metiéndolos en las embarcaciones muy apretados” (*Cuaderno* 249v). A tenor de lo descrito en el documento jesuita, la situación fue dramática. Los diplomáticos chinos y coreanos fueron obligados a fletar sus navíos por medio de “golpes y empujones” y Shen Weijing, “el venerable viejo”, “se fue a embarcar a pie llorando y diciendo que le habían de matar en la China; diciendo que él tenía engañado a los chinas” (249v). Estas últimas palabras del diplomático chino registradas en el *Cuaderno* confirman las informaciones aportadas por las fuentes asiáticas, donde se expone que, a su vuelta, Shen Weijing y Yang Fangheng presentaron un informe falso, tanto al monarca chino como al coreano, en el que afirmaban que Hideyoshi había aceptado con gusto la investidura, algo que, como temían, acabó constándoles la vida (Kang, 1997, p. 113). En el momento del regreso de los embajadores a tierras chinas, ya habían llegado hasta allí las primeras noticias sobre la invasión japonesa a Corea. Por ello, la corte Ming mandó ejecutar a Shen Weijing debido a su fracaso, mientras que Yang Fangheng fue encarcelado, donde murió bajo tortura (Kang, 1997, p. 113).

Pese al engaño, los jesuitas anatemizaron de nuevo al *Taikō* por su trato vejatorio hacia “unos embajadores extranjeros que le habían visitado tan honradamente”, y que habían esperado en Corea pacientemente casi dos años para “efectuar esta embajada tan deseada por el mismo *Taico* trayéndole título, insignias y corona de Rey”, algo que, “sin haber causa”, tornó “con tanta injuria” (*Cuaderno* 249v). De nuevo se observa en el documento una marcada línea ideológica muy crítica con la conducta de Hideyoshi, motivada especialmente por las medidas anticristianas que este llevaba aplicando durante la última década. Desde la publicación del *Decreto de Expulsión de los Padres* en 1587, los misioneros europeos identificaron al gobernante japonés con el Demonio, el Anticristo o, fuera de connotaciones espirituales, un “enemigo” que pretendía “infestar y destruir” la “nueva Iglesia de Japón” (*Cuaderno* 251). Y, lejos de atenuarse, esta visión negativa se acrecentó con la segunda invasión a Corea.

Con el fin de “asolar Coray”, el 19 de marzo de 1597 Hideyoshi dispuso una nueva movilización masiva de tropas, organizadas en cinco divisiones provenientes

25 Hemos identificado a Josefo como Konishi Seibee (Josei), hermano de Konishi Yukinaga, quien fue nombrado gobernador de Sakai tras la muerte de su padre Konishi Ryūsa (1533-1594). Se desconocen muchos datos biográficos, pero se conservan registros que indican que su vida estuvo en buena medida dedicada al comercio del *oshiroi* (“polvo blanco”), empleado principalmente como cosmético o medicamentoso contra la sífilis (Petrucci, 2005, p. 48).

26 Esta información es corroborada por Sansom (359), aunque este no menciona que la expulsión afectase también a todos los chinos y coreanos que residían en Sakai.

de Kyūshū y dos de Shikoku, que, unidas a las soldados que quedaban acantonadas en Corea, sumaban un total de 141.500 hombres (*Cuaderno* 249v; Sansom, 1963, p. 359). Esta decisión, impulsada más por un deseo de venganza que por razones geoestratégicas (Swope, 2009, p. 222), fue muy criticada por los miembros de la Compañía de Jesús destinados a Japón, fundamentalmente debido al coste de vidas humanas que implicaba el reinicio de las hostilidades, tal y como demostró la primera invasión:

Fue esta nueva para los tristes de los capitanes y soldados, que tanto tiempo habían trabajado en *Coray* a costa de su sangre sin ninguna remuneración, de grande tristeza y angustia porque afuera de cincuenta mil que allá murieron y más de quinientas embarcaciones que se perdieron en este golfo de Japón para *Coray*, los que de allá vinieron, tornaron o muy endeudados o enfermos, y los que allá están padecen mucho (*Cuaderno* 249).

4. CONSIDERACIONES FINALES

Confusión es el término que mejor describe la actividad diplomática que China y Japón desarrollaron en el marco de la guerra *Imjin*. Los claros y obvios sesgos nacionalistas que impregnan las fuentes contemporáneas dedicadas a las invasiones de 1592, unidos al engaño, la falsedad documental y la desinformación que emplearon los representantes de sendas naciones, no solamente contra sus adversarios, sino también hacia sus propios gobiernos, dificultan enormemente el estudio de la fase más controvertida del mayor conflicto bélico del siglo XVI. Existe una enorme disparidad entre las distintas fuentes asiáticas en lo referido a la interpretación de las negociaciones de paz que tuvieron lugar entre 1593 y 1596. Mientras que los escritos chinos abordan sus contactos con Japón desde unas coordenadas de superioridad, donde el emperador Ming, en virtud de su magnificencia y generosidad, acepta reconocer a Japón como su reino vasallo, los textos nipones, por su parte, presentan a un Hideyoshi triunfante, que, partiendo de la “justicia del vencedor” (*Siegerjustiz*), ostenta el derecho a reclamar la corona china y el territorio coreano como botín de guerra. Por su parte, Corea, que se vio relegada a un papel meramente testimonial en las negociaciones sino-japonesas, consideró el resultado de las mismas como unos acuerdos arbitrarios e inaceptables, en los cuales se omitía su parecer como la mayor víctima del enfrentamiento. Esta parcialidad de los autores asiáticos confiere a los textos producidos por los misioneros europeos un notable valor, ya que aportan una cuarta perspectiva al estudio de las negociaciones que se configura a partir de los testimonios que fueron recopilando mientras desarrollaban su labor misionera por tierras japonesas. Esta perspectiva occidental, claramente alineada con los intereses de los cristianos japoneses que participaron en la contienda, se construye en torno al binomio Konishi Yukinaga-Toyotomi Hideyoshi, donde el primero es considerado el gran artífice y hacedor de todo el proceso de los acuerdos, mientras que el segundo

es representado como un megalómano caprichoso que desaprovecha los esfuerzos de Konishi por lograr la paz. Así, por ejemplo, Fróis, en su *Cuaderno*, que constituye la mayor fuente europea descubierta hasta la fecha sobre la embajada china de 1596, afirma que solamente gracias a los esfuerzos de Yukinaga se avanzó en unos acuerdos que desde un principio parecían “imposibles de negociarse”; y que, en lugar de ser recompensado por su labor, su señor le reprendió por ello:

Y realmente lo tenía muy bien merecido por estos servicios y trabajos, y por haber negociado esta embajada de la China que *Taico* sumamente deseaba y tenía casi por imposible negociarse, sino fuera por la grande industria y prudencia con que Agostinho redujo todas las cosas a su beneplácito. En lugar de este reconocimiento se indignó contra él, soltando muchas palabras desatinadas (*Cuaderno*, 248v)

Además de la incorporación de una nueva perspectiva al estudio de las relaciones diplomáticas que chinos y japoneses mantuvieron durante la guerra *Imjin*, los textos europeos aportan informaciones inéditas que, bien por la curiosidad de los misioneros, quienes consideraron de interés reflejar en sus obras ciertos datos, o bien por el carácter cotidiano de estos escritos, lo que derivó en una falta de interés de los autores asiáticos, no fueron recogidos por las fuentes orientales. Sin embargo, estos aportes informativos no son meramente anecdóticos, ya que, para el lector especializado, resultan de gran interés en tanto que ayudan a configurar una imagen más precisa y compleja, y necesaria, para el estudio de estas convulsas negociaciones.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Aston, W. G. (1878). Hideyoshi's Invasion of Korea. In *Transactions of the Asiatic Society of Japan* (Vol. 6, pp. 227–249). Yokohama.
- Aston, W. G. (1881). Hideyoshi's Invasion of Korea. Chapter III: Negotiation. In *Transactions of the Asiatic Society of Japan* (Vol. 9, p. 213). Yokohama: R. Meiklejohn and Company.
- Berry, M. E. (1982). *Hideyoshi*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- Boxer, C. R. (1967). *The Christian Century in Japan (1549-1650)* (University of California Press). Berkeley.
- Byonghyon, C. (2002). *The book of Corrections: Reflections on the National Crisis During the Japanese Invasion of Korea (1592-1598)*. Berkeley.
- Coello de la Rosa, A. (2004). Héroes y villanos del Nuevo Mundo en la Historia General y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. *Anuario de Estudios Americanos*, LXI(2), 599–618.
- Dening, W. (2018). *Taiko: La vida de Toyotomi Hideyoshi*. Gijón: Satori.
- Elison, G. (1988). *Deus Destroyed. The Image of Christianity in Early Modern Japan*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University.

- Fróis, L. (1976). *Historia de Japam* (ed. de José Wicki, Vols 1–vol. V). Lisboa: Ministerio de Cultura e Coordenação Científica - Biblioteca Nacional.
- Gil, J. (1991). *Hidalgos y samuráis. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Alianza.
- Guerrero, F. (1604). *Relacion anual de las cosas que han hecho los padres de la Compañía de Jesús en la India Oriental y Japón, en los años de 600 y 601. Y del progreso de la conversion y christiandad de aquellas partes. Sacada de las cartas generales que han venido de alla*. Valladolid: Luís Sanchez.
- Haboush, J. K. (2016). *The Great East Asian War and the Birth of the Korean Nation* (W. J. Haboush & J. Kim, Eds.). New York: Columbia University Press. Retrieved from <http://columbia.universitypressscholarship.com/view/10.7312/columbia/9780231172288.001.0001/upso-9780231172288>
- Hawley, S. (2005). *The Imjin War: Japan's Sixteenth-Century Invasion of Korea and Attempt to Conquer China*. Seoul: The Royal Asiatic Society Korea Branch.
- Hur, N. (2013). Works in English on the Imjin War and the Challenge of Research. *International Journal of Korean History*, 18(2), 53–80.
- Iaccarino, U. (2017). *Comercio y Diplomacia entre Japón y Filipinas en la era Keichō (1596-1615)*. Wiesbaden: Harrassowitz Verlag.
- Kang, E. H.-J. (1997). *Diplomacy and Ideology in Japanese-Korean Relations: From the Fifteenth to the Eighteenth Century*. Houndmills, Basingstoke: MacMillan Press Ltd.
- Kim Haboush, J. (2016). *The Great East Asian War and the Birth of the Korean Nation*. New York: Columbia University Press.
- Kuno, Y. S. (1937). *Japanese Expansion on the Asiatic Continent* (Vol. 1). University of California Press.
- Murdoch, J., & Yamagata, I. (1903). *A History of Japan During the Century of Early Foreign Intercourse (1542-1651)*. Kobe: Published at the Office of the 'Chronicle'.
- Obara, S. (1981). *Kirishitan Bunko: Iezusukai Nihon kankei bunsho*. Tokyo: Nansōsha.
- Ollé, M. (2000). *La Invención de China: Percepciones y estrategias filipinas respecto a China durante el siglo XVI*. Wiesbaden: Harrassowitz Verlag.
- Ozawa, I. (1972). Estimations of Magnitudes of Future Eartquakes. *Contributions of the Geophysical Institute, Kyoto University*, 12, 129–143.
- Park, C. (1986). *Testimonios literarios de la labor cultural de las misiones españolas en el Extremo Oriente: Gregorio de Céspedes*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Petrucci, M. G. (2005). *In the Name of the Father, the Son and the Islands of the Gods: A Reappraisal of Konishi Ryusa, a Merchant and of Konishi Yukinaga, a Christian Samurai in sixteenth-century Japan* (Asian Studies). University of Columbia.
- Ricci, M. (2001). *Lettere (1580-1609)* (ed. de Piero Corradini y Francesco D'Arelli, intr. de Filippo Mignini). Macerata: Quodlibet.

- Rodrigues, J. (1604). Tono. In *Arte da lingoa de Iapam* (Collegio de Iapão da Companhia de IESV). Nagasaki.
- Sansom, G. (1963). *A History of Japan, 1334-1615*. Tokio: Charles E. Tuttle Company.
- Steichen, M. (1900). *The Christian Daimyos: A Century of Religious and Political History in Japan (1549-1650)*. Tokio: Reikkyo Gakuin Press.
- Swope, K. M. (2009). *A Dragon's Head and a Serpent's Tail: Ming China and the First Great East Asian War, 1592-1598*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Takizawa, O. (2018). *Los jesuitas en el Japón de los samuráis (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Digital Reasons.
- Turnbull, S. (2002). *Samurai Invasion: Japan's Korean War 1592–98*. Londres: Cassell & Co.
- Turnbull, S. (2007). *Japanese Castles in Korea (1592-1598)*. Oxford: Osprey.
- Turnbull, S. (2016). Wars and Rumours of Wars: Japanese plans to invade the Philippines (1593-1627). *Naval War College Review*, 69(4), 107–121.
- Valcárcel Martínez, S. (1997). *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*. Granada: Diputación Provincial de Granada.
- Valignano, A. (1946). *Il cerimoniale per i missionari del Giappone* (ed. de Josef Franz Schütte). Roma: Edizioni di Storia e letterature.
- Walraven, B. (2002). Een lelijk mannetje met lange armen: Koreaanse visies op Hideyoshi's invasies. In E. de Poorter (Ed.), *Toyotomi Hideyoshi: Geweldenaar en parvenu in het Japan van de 16e eeuw* (pp. 102–124). Leiden: Uitgeverij Plantage.
- Yune-Hee, P. (1973). *Admiral Yi Sun-Shin and his Turtleboat Armada: A comprehensive account of the Resistance of Korea to the 16th century Japanese Invasion*. Seoul: Shinsaeng Press.

Patrocinios:

Este estudio ha recibido financiación del programa de investigación e innovación Horizon 2020 de la Unión Europea en el marco del acuerdo de subvención Marie Skłodowska-Curie nº 892029 (EURO-IMJIN) y por el European Research Council (ERC) bajo el programa de investigación de la Unión Europea nº 758347 (AFTERMATH).

